

LA CONTRIBUCIÓN DE LA ANTIGÜEDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CATALUÑA MODERNA (1814-1936)

Jordi Cortadella Morral¹

Resumen

A través del interés por la Antigüedad en la Cataluña del siglo XIX y primera mitad del XX, nos proponemos abordar la evolución del patriotismo y el surgimiento del nacionalismo catalán. Para ello, analizaremos la percepción de Grecia y Roma y el impacto de la etnicidad en las síntesis historiográficas de V. Balaguer, A. de Bofarull, y A. Aulestia i Pijoan. Todas estas contribuciones precipitaron en el pensamiento de E. Prat de la Riba y el *Noucentisme*, movimiento cultural que suscitó importantes reflexiones en torno al clasicismo en la historia y la cultura catalana por parte de arqueólogos (P. Bosch Gimpera) e historiadores de la arquitectura (J. Puig i Cadafalch), así como de medievalistas (F. Soldevila), periodistas (A. Rovira i Virgili) y romanistas (G. M^a de Brocá). Como resultado de este proceso, antes del estallido de la Guerra Civil, en Cataluña se habían creado instituciones académicas propias y una élite intelectual que se confrontaba con sus homólogos españoles y europeos.

Palabras clave

Nacionalismo catalán; Noucentisme; Clasicismo; Bosch Gimpera; Puig i Cadafalch; etnicidad.

¹ Profesor Titular – Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, España. **Proyecto ANIHO: PID2020-113314GB-I00.** E-mail: jordi.cortadella@uab.cat

Resumo

Através do interesse pela Antiguidade na Catalunha do século XIX e primeira metade do século XX, propomos abordar a evolução do patriotismo e a emergência do nacionalismo catalão. Para isso, analisaremos a percepção da Grécia e de Roma e o impacto da etnicidade nas sínteses historiográficas de V. Balaguer, A. de Bofarull e A. Aulestia i Pijoan. Todas estas contribuições precipitaram o pensamento de E. Prat de la Riba e do *Novecentismo*, movimento cultural que suscitou importantes reflexões sobre o classicismo na história e na cultura catalã por parte de arqueólogos (P. Bosch Gimpera) e historiadores da arquitetura (J. Puig i Cadafalch), bem como de medievalistas (F. Soldevila), jornalistas (A. Rovira i Virgili) e romanistas (G. M^a de Brocá). Como resultado deste processo, antes da eclosão da Guerra Civil, a Catalunha criou as suas próprias instituições acadêmicas e uma elite intelectual que confrontou os seus homólogos espanhóis e europeus.

Palavras-chave

Nacionalismo catalão; Novecentismo; Classicismo; Bosch Gimpera; Puig i Cadafalch; etnia.

1. La Historia, valor y uso

Paul Valéry decía que la historia era el producto más peligroso que había producido la química del intelecto porque hacía soñar a los pueblos, los embriagaba, les daba recuerdos falsos, exageraba sus costumbres, mantenía sus viejas heridas, los atormentaba en su descanso, los llevaba al delirio de grandeza o al de la persecución, y volvía a las naciones amargas, orgullosas, insoportables y vanas. Concluía que la historia justificaba lo que quisiéramos y no enseñaba estrictamente nada, porque lo contenía todo y de todo daba ejemplos (Valéry, 1931: 63-64).

Podemos llegar a entender el pesimismo de Valéry, después de haber vivido las luchas políticas e intelectuales de la Tercera República francesa, con su exacerbado nacionalismo, posterior a la derrota frente a la Alemania de Bismark, su “Afer Dreyfus”, la terrible experiencia de la Primera Guerra mundial y la crisis económica, social y política de entreguerras, pero no compartimos sus puntos de vista.

En un momento dado de la historia, el triunfo político de una conciencia de grupo nunca es explicable sin unos fundamentos objetivos y, por tanto, analizables históricamente. En concreto, es evidente que el “hecho catalán” existe como realidad etnolingüística de larga duración y constituye la condición necesaria de la realidad política de la Cataluña actual, aunque no sea una condición suficiente.

Comparto con Pierre Vilar, la idea que el “hecho catalán” nace de unas determinadas relaciones existentes entre un territorio, una lengua, un sustrato cultural común, y toda una serie de conjuntos históricos más amplios, como son: 1) los pequeños estados feudales y las repúblicas urbanas que se establecieron en el entorno del Mediterráneo medieval; 2) los primeros grandes estados territoriales modernos en lucha por su constitución (España y Francia); 3) la Europa de la revolución industrial y del capitalismo (Vilar, 1992). El “hecho catalán” se inserta así en cada una de estas fases y en cada uno de estos conjuntos con diversos grados de cohesión, sin dejarse absorber nunca totalmente ni integrarse pasivamente en estas órbitas.

Es indudable que en de la conciencia histórica catalana contemporánea el período medieval ha ocupa el mismo lugar que, en Castilla, ha representado su “Siglo de Oro” o que, en Francia, significa su “Siglo de Luis XIV” (Sabaté, 2015). Ello responde al hecho de que los antecedentes históricos del

nacimiento de Cataluña, como comunidad política con plenitud de poder público y dotada de un ordenamiento jurídico propio, hay que buscarlos en el proceso de independencia respecto del Imperio carolingio. Pero los condados catalanes no aparecen de la nada. Se levantaron sobre un sustrato cultural anterior, sobre una Antigüedad que se mantenía viva a través de sus monumentos, sus restos arqueológicos y una tradición historiográfica que conservaba el recuerdo de aquellos tiempos remotos. Cómo se planteó el estudio del sustrato antiguo y qué papel jugó en la configuración de la conciencia colectiva de la Cataluña moderna es el propósito de nuestro artículo, siguiendo la estela de las reflexiones que llevamos planteándonos desde hace unos años (Cortadella, 2016).

2. La Historiografía del nuevo Estado burgués

La historiografía liberal española incorporó la noción de pueblo y el concepto de progreso como metas de la Historia. Aunque no fue la primera en su género, la obra de Modesto Lafuente (*Historia General de España*, 1850-1859) era el prototipo de la historia que todo español debía conocer. El sujeto de su relato ya no era la monarquía, sino la Nación. Lafuente estructuró la obra en base a dos parámetros: el origen y evolución de la Nación española y los factores que aceleraron o retrasaron su proceso unificador. A los tres momentos clave de la historia de España (monarquía goda, Reyes Católicos, Guerra de la Independencia) se unía el concepto de "carácter español" que remontaba a los tiempos primitivos y que los invasores no habrían modificado porque unos fueron asimilados (romanos y godos) y otros expulsados (cartagineses y árabes). Los romanos habrían aportado la unidad cultural, y los visigodos la unidad religiosa y la soberanía nacional. Esta visión de la historia de España y el lugar ocupado por la historia antigua fue el dominante, a pesar de los intentos de foralistas y federalistas por presentar otras alternativas historiográficas (Pérez, 2003).

Ante el nuevo Estado burgués, las demás historiografías hispánicas reaccionaron de distinta forma. Como la historiografía española, también ellas habían salido maltrechas de la crítica del XVIII y su esfuerzo por construir un nuevo relato depurado de los anteriores mitos y leyendas, acorde con las nuevas exigencias de rigor histórico.

En Cataluña, la respuesta a Lafuente por parte del foralismo tradicionalista vino de la mano del carlista Víctor Gebhardt (*Historia general de España y de sus Indias*, vol. I, 1861), defensor de la monarquía foral frente al Estado unificador. La réplica federalista a Lafuente surgió de Fernando Patxot (*Anales de España, desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, 1857-1859), quien hacía el paralelismo entre el “espíritu tribal” ibérico y el ideal federalista contemporáneo. Según Patxot, la unidad española (entendida como Estado federal) provenía de la primitiva Iberia, donde se hallaba latente el sentimiento nacional. Así pues, Roma y los godos habrían sido épocas de cautiverio para España. La reconquista representaría por tanto un retorno a la verdadera Península Ibérica, no un proceso para la recuperación de la vieja unidad. Estamos, en definitiva, ante un nuevo concepto de Nación y su construcción y constitución, diferente al centralismo jacobino (Vilallonga, 2011).

Esta reivindicación de los pueblos prerromanos tuvo uno de sus primeros representantes en el liberal y fundador de la Academia de Ciencias de Barcelona, José Antoni Llobet y Vall-lloera (*De los pueblos que han invadido, conquistado o dominado Cataluña*, 1847), seguidor vasco-iberismo (Domingo; Cubeles, 2011-2012). Los íberos (los vascos actuales, según él) fueron la supuesta población autóctona de toda la Península. Las invasiones posteriores habrían modificado y matizado la homogeneidad primitiva de tal modo que la clase agrícola catalana pertenecería a la raza celtibérica y habría quedado al margen de romanos, godos y francos.

Por su parte, la obra del primer historiador general de Cataluña del XIX, Víctor Balaguer (*Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*, 1860), respondía al mismo modelo federalista de Patxot. La historia de Catalunya, para Balaguer, empezó con los primeros condes soberanos, y por tanto los tiempos anteriores pertenecían a la historia universal (no a la historia de España). Sin embargo, según él, las tribus ibéricas ya habrían manifestado su espíritu de independencia frente a cartagineses y romanos, y la reconquista habría supuesto la reconstitución de las nacionalidades prerromanas que Roma no habría logrado ahogar. Por el contrario, para Antonio Bofarull (*Historia crítica, civil y eclesiástica, de Cataluña*, 1876-1878), partidario de la monarquía constitucional de Isabel II, confinado en la estricta erudición, consideraba que todo lo que no se reflejaba en los documentos eran calumnias y mentiras. Bofarull también consideraba que Cataluña había nacido en la Edad Media pero, a diferencia de los anteriores, veía en los romanos a los introductores del espíritu nacional entre unos indígenas bárbaros e incivilizados. La

invasión árabe, más que el renacimiento de las antiguas libertades habría supuesto para él la desaparición definitiva de las diferencias entre los pueblos indígenas. Ante los árabes, todos serían "hombres de España" unidos contra el invasor común (Grau, 2004).

La historiografía catalana de las décadas finales del siglo XIX experimentó un notable desarrollo metodológico gracias a la influencia de un contexto científico marcado por el positivismo, lo que la distinguió de la historiografía anterior, más descriptiva y narrativa. En relación con el estudio de la Antigüedad, la manifestación más clara de este cambio se observó en los estudios sobre el componente étnico. Su desarrollo estuvo directamente relacionado con los avances en biología y en las polémicas entre franceses y alemanes en torno a la supremacía racial de celtas o germánicos. En Cataluña, Salvador Sanpere i Miquel (*Orígens i fonts de la nació catalana*, 1878) creía en la existencia de una raza primitiva peninsular (antecesora de los vascos actuales) que se habría mezclado con los diferentes invasores de la península, formando las etnias de las diversas nacionalidades, entre ellas la catalana (mezcla de indígenas y semitas). Por su parte, Joan Maluquer i Viladot (*Aborígens catalans*, 1880) consideraba que los primeros habitantes de Cataluña fueron de raza aria y, por tanto, hablaban sánscrito. En cuanto a José Pella y Forgas (*Història de l'Empordà*, 1883), basaba el origen de la nación catalana en la llegada de los fenicios, que habrían formado la confederación ibérica (del Ebro al Ródano). Para él, desde que los romanos acabaron con la autonomía del pueblo catalán y crearon una centralización uniformista, la historia política de Cataluña fue una continua repetición de la lucha contra el centralismo. En definitiva, fue la continuidad del fondo étnico, y no la llegada o influencia de griegos o romanos, lo que habría contribuido a la continuidad del carácter nacional y de la unidad territorial catalanas (Duplá; Cortadella, 2014: 268-273).

El traslado de esta historiografía positivista a la historia general de Cataluña vino de la mano de Antonio Aulestia y Pijoan (*Història de Catalunya*, 1887). Basándose en los nuevos datos aportados por la ciencia positivista y de acuerdo con los postulados políticos federalistas de Valentí Almirall, en su visión histórica Aulestia defendía que Cataluña tenía un espacio de actuación propio y particular, diferente del resto de España. Aulestia creía, como Sanpere y Pella, en un sustrato común a toda la península, similar al vasco actual, sobre el que actuaron diferentes influencias exteriores provocando su diversificación. En Catalunya, según Aulestia, sobre el sustrato indígena, se dejaron sentir un cúmulo de influencias asiáticas, a diferencia del resto de la

península, donde predominó el elemento celta. Griegos y romanos habrían matizado el sustrato étnico sin alterar su carácter. El contacto con la civilización romana habría producido, por tanto, una amalgama entre el espíritu de la tierra y las nuevas ideas y costumbres que fortalecieron a los catalanes. La lucha contra los árabes habría dado finalmente al pueblo catalán una misma lengua, religión, arte e ideal político (Cortadella, 2018: 59-65).

3. El clasicismo en Cataluña, entre *Modernisme* i *Noucentisme*

Tradicionalmente, el clasicismo en la cultura catalana contemporánea se vincula directamente con el movimiento cultural desarrollado en los primeros decenios del siglo XX que adoptó el nombre de *Novecentisme*. Tal vinculación no es gratuita porque los propios novecentistas se acompañaron conscientemente de la estética clásica e hicieron de la recuperación de la tradición grecolatina una de sus principales reivindicaciones frente a los movimientos culturales que les habían precedido y especialmente del *Modernisme*. Sin embargo, modernistas y novecentistas coincidían en el propósito de modernizar la sociedad catalana, que ellos consideraban anclada en el pasado (Marfany, 1980: 11-60).

El *Modernisme* surgió a finales de la década de los años ochenta del siglo XIX como enfrentamiento intelectual frente al primer movimiento histórico-literario de recuperación de la identidad nacional catalana, la *Renaixença*. No hay que olvidar que en 1888 se había producido una cierta oficialización de la *Renaixença*. Los Juegos Florales de ese año, símbolo de la recuperación cultural del país, fueron presididos por la Reina regente y por Marcelino Menéndez Pelayo. A partir de la década de los noventa, los modernistas se enfrentaron al inmovilismo de la Restauración e hicieron tambalear el conformismo de la cultura oficial catalana del momento. En este aspecto, el movimiento puede ser interpretado como la vertiente catalana del Regeneracionismo español. Para los integrantes del *Modernisme* regeneracionista, los intelectuales estaban llamados a formular los principios teóricos y crear los ingredientes emotivos de la ideología catalanista. El *Modernisme* regeneracionista correspondía a los primeros estadios de elaboración de una ideología nacionalista basada en la tradición federal. Quería ser el reencuentro entre intelectuales y burguesía (el modelo a imitar era D'Annunzio y su idea del intelectual como guía y profeta

de la comunidad). Se trataba pues, en su concepción y en la utilización de la Antigüedad, de un antecedente directo del *Noucentisme* (Sunyer, 2015).

Siguiendo las ideas de Josep Murgades, por *Noucentisme* entiendo el fenómeno ideológico que, aproximadamente, entre 1906 y 1923 dio forma a las aspiraciones ideológicas de los núcleos más activos de la burguesía catalana, agrupados en torno a la Lliga Regionalista y a sus dirigentes, con Enric Prat de la Riba al frente. El novecentismo puede darse por finalizado cuando la burguesía catalana aceptó la dictadura de Primo de Ribera (1923-1930) como mal menor frente a la creciente agitación social. Sin embargo, la erosión del movimiento se estaba produciendo de manera gradual desde la muerte de Prat de la Riba (1917) y la caída en desgracia de Eugeni d'Ors (1920) con un punto de inflexión importante en 1922, con la creación de Acció Catalana, partido escindido de la Liga (Murgades, 1976; Murgades, 2003).

El *Noucentisme* pretendía liberar Cataluña de las ilusiones románticas y estructurarla según modelos europeos. Uno de los medios empleado para ello fue el de restablecer los vínculos con la cultura grecorromana. La empresa se llevó a cabo como una gran obra social. Eugeni d'Ors, en su papel de agitador cultural, se ocupaba de la propaganda exterior. Escultores como Josep Clarà y pintores como Joan Llaveries, Joaquim Torres García y Joaquim Sunyer se ejercitaban en marcar las pautas estéticas. El helenista Lluís Segalà y sus colaboradores de la Universidad de Barcelona se encargaban de la parte filológica, traduciendo los clásicos al catalán para revitalizar la literatura catalana.² Los nuevos cuadros intelectuales se formaban en los *Estudis Universitaris Catalans* (1903) y con becas en el extranjero concedidas por la Junta para la Ampliación de Estudios. El organismo coordinador del trabajo institucional en el ámbito cultural era el *Institut d'Estudis Catalans* (IEC) fundado en 1907. Con pocas excepciones, el *Noucentisme* logró la cohesión interna de la comunidad científica e intelectual catalana. A través de sus instituciones aportaba recursos financieros, medios materiales y, algo muy importante, el reconocimiento internacional de la labor realizada. Consiguió así formar nuevos cuadros dirigentes y contribuyó a la profesionalización de

² En *El renacimiento helénico en Cataluña* (1916-1917), Segalà expuso la idea según la cual Grecia, Italia y la Península Ibérica estaban destinadas por la Providencia a sintetizar, aumentar y difundir la cultura procedente de Oriente. Según él, Grecia impuso la proporción y buen gusto, Roma civilizó y unificó el mundo para la implantación del cristianismo y nuestra Península fue la «salvadora de Cristo» contra el Islam, y la transmisora de la cultura en América.

los historiadores autóctonos. A partir de 1923, con la dictadura de Primo de Ribera y el desmantelamiento institucional que ésta provocó, el mecenazgo de Francisco Cambó intentó sustituir una parte de esta obra institucional.

Al año siguiente de la creación del IEC, la Junta de Museos y Bellas Artes, organismo integrado por el Ayuntamiento y la Diputación de Barcelona, inició las excavaciones sistemáticas del yacimiento greco-romano de Empúries bajo la dirección del arquitecto Josep Puig y Cadafalch. Estos restos arqueológicos estaban llamados a alimentar al mito de la Cataluña griega. Los ejemplos al respecto son abundantes y variados. No hay más que recordar que un año antes de las excavaciones había surgido una revista cultural mensual que llevaba por título *Empori*. Asimismo, la efigie del Artemis-Afroditia hallada en Empúries figuró en la portada del *Almanac del noucentisme* (1911) editado por Eugeni d'Ors, y en 1922, cuando Francesc Cambó concibió la idea de crear la fundación Bernat Metge para traducir los clásicos grecolatinos al catalán, escogió como logotipo la efigie de la estatua de Esculapio hallada en Empúries. En poesía, en 1919 Carles Riba publicó su primera versión catalana de la *Odissea* (obra en la que trabajó toda su vida, con una última edición, en versos catalanes, de 1953) (Malé, 2003); y en un ámbito más popular, el periodista Manuel Brunet, en su novela *El meravellós desembarcament dels grecs a Empúries* (1925), convertía a los focenses en feriantes de pueblo y resumía la relación de los griegos con los indígenas en los amores entre el joven Mariner y la atrevida Tamariu.

En el centro de todo este movimiento político-cultural se hallaba la figura de Eugeni d'Ors. Él fue quien articuló el *Noucentisme*, empezando por inventarse el nombre. Ors se doctoró en derecho con la tesis *Genealogía ideal del Imperialismo: teoría del Estado-Héroe* (1905). En ella defendía que existían "pueblos-héroes" que tenían el derecho de predominar sobre los demás y presentaba la política como una misión espiritual destinada a colonizar a los "inciviles". Una de sus referentes ideológicos era el pensador escocés Thomas Carlyle. En ese trabajo temprano quedaban apuntados algunos de sus temas más tratados, especialmente la idea de Imperio y sus conceptos afines como: política de misión, paternalismo, despotismo ilustrado, y el culto a la personalidad (el héroe). A partir de 1906, apadrinado por Prat de la Riba, Eugeni d'Ors empezó su colaboración *La Veu de Catalunya*, periódico editado por la Lliga Regionalista, donde, con el pseudónimo de Xenius, publicaba diariamente una sección de opinión con el título de *Glosari* que llegó a ejercer una gran influencia entre los jóvenes intelectuales del momento. Cinco años

después, en 1911, fue elegido secretario del IEC, empezando así su labor como ordenador cultural de Cataluña. Ese mismo año publicó un conjunto de glosas bajo el título de *La Ben Plantada*. Su protagonista era un personaje femenino ideal, Teresa, llamado a convertirse en la personificación del clasicismo catalán. En el *Glosari*, Ors presentaba una imagen del clásico como algo perenne, una constante histórica, siempre presente, aunque estuviera relegada u escondida. Para él, lo que no era clásico (orden) era romántico (caos). Ors interpretaba lo clásico como una realidad que se alzaba por encima de todas las épocas, incluso de la época grecorromana. El clasicismo orsiano era sobre todo una actitud mental. Veía en la época clásica y en el clasicismo el triunfo de la razón sobre la irracionalidad y, en su labor, una lucha constante por hacer triunfar la luz de la razón, una «heliomaquia» como a él le gustaba llamarla (Garriga, 1981).

En su carrera ascendente, Eugeni d'Ors logró su cenit en 1917, con el cargo de director de Instrucción Pública de la Mancomunidad de Cataluña, pero al mismo tiempo se produjo el inicio de su caída en desgracia ya que, a la muerte de Prat de la Riba en ese mismo año, su progresivo enfrentamiento con Puig i Cadafalch, sucesor de Prat al frente de la Mancomunidad, le llevó a dimitir de todos sus cargos y, finalmente, a exiliarse a Madrid, desde donde siguió su labor periodística e intelectual en español. Como clasicista que era, Ors dio su versión de todos aquellos asuntos en forma de tragedia clásica. Así, en 1920, publicó *El nou Prometeu encadenat*, obra en la que recreaba el tema inmortalizado por Esquilo, asumiendo él mismo el papel de Prometeo, condenado injustamente por la cólera de un colérico Puig i Cadafalch, transfigurado en Zeus (Terricabras, 2010).

No debemos menospreciar la ingente labor del *Noucentisme* como organizador de las instituciones culturales catalanas. Sin embargo, el mensaje clasicista que transmitió fue de un marcado cariz conservador, un clasicismo hipertrofiado, formal, académico y poco documentado. Por ejemplo, Josep Farran Mayoral, uno de los más fervientes acólitos de Eugeni d'Ors, afirmaba que los griegos antiguos eran la salud de las razas y que diez años seguidos de helenismo regenerarían los valores catalanes en literatura, costumbres y pensamiento. Para ese mismo autor, clasicismo, en religión, significaba catolicismo; en filosofía, escolástica; en ciencias, no dejarse llevar por hipótesis

(evolucionistas, se entiende); y en política, dictadura espiritual de los más preparados, de los competentes (Farràn, 1917).³

En definitiva, los noucentistas partían del principio de que la modernidad debía avanzar desde una tradición determinada y, en el caso de Cataluña, ésta era el “mediterraneísmo”, con el matiz importante por el que lo moderno no eran las formas clásicas en ellas mismas sino el espíritu que las había creado (el espíritu clásico definido como el gusto por la contención frente a la desmesura). Con el clasicismo pretendían recuperar lo que de eterno (es decir, de clásico) había en Cataluña, devolver a Cataluña lo que se suponía que era y había sido desde siempre. De ese trasfondo clásico se querían extraer mitos y esencias con las que construir la cohesión cultural y social. El mundo clásico pasó así de designar un período histórico a significar un sistema político, filosófico, ético y estético basado en el equilibrio, el orden, la medida, la razón y la armonía. Éstas eran las consignas válidas tanto para el arte como para la política y la vida social en general.

4. La arqueología del *Noucentisme*

Hasta aquí el esfuerzo por entender el clasicismo novecentista se ha ceñido al ámbito de la actuación institucional, la cultura literaria y el pensamiento en general. Lo que planteo a continuación es una recorrido por la repercusión que tuvo esta actitud clasicista en la historiografía y la arqueología ¿Hasta qué punto el clasicismo, entendido como actitud mental, influyó en el campo de los estudios sobre la antigüedad catalana en general y sobre la investigación arqueológica en particular?

La toma de conciencia del patrimonio arqueológico por parte de la sociedad catalana es una constante a lo largo del siglo XIX. Los restos de la ciudad grecorromana de Empúries, el emblema más preclaro del interés de las nuevas instituciones novecentistas por la arqueología, habían sido objeto de diversas excavaciones y de fuertes polémicas seguidas de un detallado estudio por parte del historiador gerundense Joaquim Botet i Sisó (*Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad Emporion*, 1879) (Aquilué; Monturiol,

³ Farràn fue el traductor del conocido manual de Léon Homo, *Nueva Historia de Roma* (1943). Léon Homo y especialmente Jérôme Carcopino veían una estrecha relación entre la antigua Roma y el colonialismo francés (Bernard, 2017).

2008). La epigrafía del lugar fue recogida por el jesuita Fidel Fita, director de la Real Academia de la Historia, y por Ramon Font, y los diferentes hallazgos pasaron, en buena parte, a engrosar el Museo Arqueológico Provincial de Girona. Prueba de la pasión que despertaba Empúries entre los intelectuales anteriores al *Noucentisme* la tenemos en el caso de la escritora modernista Caterina Albert (Víctor Català), hija de ricos propietarios rurales del Empordà (Cortadella, 2009).

Por otra parte, en Tarragona, la Sociedad Arqueológica Tarraconense, bajo el empuje del incansable Bonaventura Hernández Sanahuja, había realizado una importante labor de recuperación, inventario y estudio del patrimonio arqueológico que, a finales del siglo XIX, sintetizó el político-arqueólogo Emili Morera en sus obras *Tarragona Antiga i Moderna* (1894) y *Tarragona Cristiana* (vol. I, 1897; vol. II, 1898) (Ferrer; Dasca; Rovira, 1994). Los hallazgos posteriores fueron recogidos y estudiados en el Boletín Arqueológico, fundado por el propio Morera en 1901. A pesar de la eminente presencia romana en Tarragona, no faltaron los eruditos locales, como el médico-arqueólogo Agustí Maria Gibert (*Ciutats focenses del litoral cosetà*, 1900), que creían ver la sombra de los griegos detrás de cada uno de los vestigios del pasado de la ciudad.

En cuanto a Barcelona, los restos romanos aparecidos al azar a raíz de las desamortizaciones y durante las remodelaciones del casco antiguo habían sido depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Barcelona, y fueron incluidos en el catálogo de Antoni Elias de Molins (1888), miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios (Barral, 1993). Anteriormente, en 1835, los vestigios del templo romano de Barcelona habían sido objeto de una memoria, con mentalidad neoclásica, obra del arquitecto Antoni Cellers, pero en el último cuarto del siglo la autoridad en temas de antigüedades romanas de Barcelona y alrededores era indiscutiblemente Fidel Fita (Abascal, 1998).⁴

⁴ Entre los numerosos trabajos de Fidel Fita, muchos de ellos inéditos, cabe destacar: Las antiguas murallas de Barcelona (*Revista Histórica*, 1876); Barcelona romana, su primer período histórico (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1903). La idea expuesta por Fita, y recogida en 1882 por el erudito barcelonés Andreu Balaguer (Lo temple greco-romà dit d'Hércules en lo carrer del Paradís de Barcelona, *La Renaixensa*, 12, 1882), era la de reconstruir el templo romano para crear un "Museo Latino" como el del teatro romano de Arles o el de la Maison Carrée de Nimes.

Para terminar este breve recorrido por los principales lugares de la arqueología clásica decimonónica en Cataluña, cabe mencionar el templo romano de Vic, descubierto en 1882 en un ambiente cultural propicio que generó la creación del Museo Arqueológico Artístico Episcopal de esta ciudad (1889) y, a su lado, una próspera arqueología eclesiástica, cuyo máximo representante fue Josep Gudiol i Cunill (Fontbona, 2008; Lorés; Guardia, 2014).

Ante este panorama, queda claro que el *Noucentisme* no actuó sobre un paisaje desértico y que, en general, no rompió esquemas ni representó un vuelco en los proyectos, inquietudes y esperanzas de los grupos más activos de historiadores y arqueólogos catalanes. Por el contrario, como en otros campos, potenció iniciativas ya existentes, dotándolas del necesario apoyo institucional y de una dirección profesionalizada. En el ámbito de la salvaguardia del patrimonio arqueológico, las iniciativas del IEC vinieron a sustituir, con el tiempo, la labor realizada por algunas individualidades eminentes y diversas entidades privadas entre las que destacaban las asociaciones excursionistas.

Inicialmente, el IEC se componía de cuatro secciones: Literatura, Historia, Derecho y Arqueología, compuesta, esta última por el arquitecto Josep Puig i Cadafalch y el joven y polifacético activista cultural Josep Pijoan (Balcells; Pujol, 2002). Pijoan parecía ser el elegido para llevar a término esta política cultural hasta que cayó en desgracia a causa del escándalo amoroso con Teresa Mestres, casada con el industrial Jaume Baladia y la mujer que había inspirado a Eugeni d'Ors su obra *La Ben Plantada* (Baladia, 2010), aunque las razones de su ostracismo no parecen ser debidas exclusivamente al ámbito privado (Vilanou, 2004).

Las referencias a la arqueología clásica son relativamente abundantes en los ocho primeros tomos del *Anuari* del IEC (1907-1931). Como es de suponer, el grueso de la información corresponde a las excavaciones de Empúries. Como ya hemos visto, el interés por el lugar era latente desde los trabajos de Botet y Sisó, aunque las primeras intervenciones novecentistas se realizaron bajo el apadrinamiento científico de los prestigiosos sabios alemanes Adolf Schulten y August Frieckenhau. De los estudiosos locales, aparte de los artículos y reseñas de Puig i Cadafalch, sólo encontramos los trabajos de Ramon Casellas (*Anuari*, 1910-1911), crítico e historiador del arte, sobre las emblemáticas esculturas emporitanas, y de Manuel Cazorro y Emili Gandia (*Anuari*, 1909-

1910; 1913-1914) sobre la cerámica de Empúries y su contexto arqueológico. En cuanto al noticiario arqueológico, es decir, la comunicación de las novedades arqueológicas aparecidas en Cataluña, comienza a ser relevante sólo a partir del *Anuari* de 1911-1912, y adquiere un fuerte protagonismo con la creación del Servicio de Excavaciones, fundado en 1914, bajo la dirección de Pere Bosch Gimpera. La creciente importancia del noticiario arqueológico iría paralela a la consolidación del IEC como organismo vertebrador de la arqueología catalana. Sin embargo, salvo el noticiario sobre Empúries, las demás referencias parecen debidas más al azar de los hallazgos que a una política consciente de recuperación y salvaguarda del patrimonio clásico. Sólo a partir de 1927 se percibe una clara intervención de la escuela de Bosch Gimpera en los trabajos de arqueología clásica, con una serie de noticias firmadas por su discípulo Josep de C. Serra Ràfols (Gracia; Cortadella, 2007; Cortadella, 2011; Gracia, 2018).

En definitiva, y en cuanto a los años centrales de la actividad del IEC, únicamente las excavaciones amporitanas parecen responder a una aplicación estricta en el ámbito arqueológico de los ideales clasicistas defendidos por el *Noucentisme*, y en ningún momento parece afectar directamente a los demás yacimientos significativos de la antigüedad grecorromana catalana. Durante el período tratado, los grandes trabajos de síntesis de la arqueología clásica y la historia antigua peninsular seguían siendo obra de investigadores extranjeros. En primer lugar, los alemanes, con la gran recopilación epigráfica de Emil Hübner y las contribuciones de August Frieckenhaus y Adolf Schulten. De los franceses destacan los trabajos de la *École des Hautes Études Hispaniques* (Burdeos) y de su principal representante en España, Eugène Albertini, con sus estudios sobre epigrafía y escultura, y su obra fundamental, *Les divisions administratives de l'Espagne romaine* (1923). En cuanto a los anglosajones, sus aportaciones son posteriores y, en el ámbito catalán, sólo me consta el estudio de Ian A. Richmond sobre las murallas romanas de Barcelona (Richmond, 1931) y el trabajo del estadounidense R. Carpenter, *The Greeks in Spain* (1925), que sin duda influenció en los helenistas catalanes, especialmente en Ll. Nicolás de Olwer (Miralles, 2003).

Por supuesto que el IEC no permaneció ajeno a la actividad de estos investigadores foráneos. Por lo general sus trabajos fueron reseñados en su *Anuari* y algunos de ellos los publicó íntegramente (Frieckenhaus, Albertini, Schramm, Philadelphus). Precisamente, una de las premisas de la creación del Instituto era la internacionalización de la ciencia catalana. Sin embargo, la

colaboración del Instituto en las iniciativas de la Unión Académica Internacional sólo se iniciaron a partir de 1923 y, en buena medida, como respuesta a la represión cultural impuesta por la dictadura de Primo de Ribera.

Por lo general, la tarea realizada en el campo del mundo antiguo fue meritoria pero de resultados escasos. En la misma Empúries, los estudios de la numismática griega publicados por Pujol y Camps (*Estudio de las monedas de Emporias y Rhode con sus imitaciones*, 1876) no tuvieron continuidad hasta los años treinta del siglo XX con los trabajos de Josep Amorós (*Les dracmes emporitanes*, 1933) y en la consolidación del Gabinete Numismático de Cataluña (Prevosti, 2013). En cuanto a la epigrafía emporitana, la primera obra de conjunto es posterior a la Guerra Civil y fue obra de Martín Almagro Basch (*Las inscripciones amporitanas griegas, ibéricas y latinas*, 1952). En Tarragona el panorama no era mucho mejor. En las primeras décadas del siglo XX, el Museo Arqueológico Provincial de Tarragona parece estar en un estado lamentable. Tanto es así que en 1928 y 1929, los responsables del Museo se quejaban de que la humedad derribaba un mosaico de la pared y desprendía las etiquetas de las piezas, lo que imposibilitaba su identificación. Sólo cuando el cardenal Vidal i Barraquer llamó a Joan Serra i Vilaró para que se ocupara de las excavaciones de la necrópolis paleocristiana empezó a cambiar la situación (VV.AA, 1994), y para las grandes síntesis habrá que esperar a los trabajos de los alemanes Theodor Hauschild (*Arquitectura romana de Tarragona*, 1983) y Geza Alföldi (*Die römischen Inschriften von Tarraco*, 1975). Por lo que respecta a Barcelona, todo lo que se sabía de la ciudad romana quedó recogido por Francesc Carreras i Candi en su obra *La ciutat de Barcelona* (1916). Las primeras intervenciones arqueológicas sistemáticas empezaron tardíamente, con la remodelación del Archivo Histórico, gracias a los trabajos de Agustí Duran y Sanpere, (*Vestigios de la Barcelona romana en la Plaza del Rey*, 1944) y la creación del Museo de Historia de Barcelona (1943), aunque las primeras síntesis fueron obra de Antonio Balil (*Las murallas romanas de Barcelona*, 1961 y *Colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino*, 1964) y de Sebastià Mariner (*Inscripciones romanas de Barcelona*, 1973).

Este sucinto repaso por los principales estudios arqueológicos realizados en el ámbito de la antigüedad clásica en Cataluña durante la primera mitad de siglo viene a corroborar que, con la excepción de Empúries, la mayoría de las iniciativas no respondían a una planificación coherente con los postulados clasicistas defendidos por el *Noucentisme*. Las razones que explican esta

contradicción pueden ser diversas: escasez de medios materiales, carencia del tiempo necesario y del personal capacitado, etc. Sin descartar completamente estas u otras razones, es conveniente considerar el marco historiográfico en el que se insertaba la investigación arqueológica, es decir, ¿qué importancia se concedió a la antigüedad clásica en el nacimiento y formación de Cataluña?

5. Roma a Catalunya

Los datos recogidos en los párrafos anteriores aportan información sobre el interés por la arqueología clásica en Cataluña, pero convendría ir más lejos y enmarcar esta producción arqueológica dentro de las grandes síntesis publicadas durante el período estudiado. A partir de la revolución de 1868, la historiografía catalana se distanció de los planteamientos románticos. El positivismo en Cataluña pretendió convertir las intuiciones románticas en hechos empíricamente comprobados. El objetivo era reconocer los hechos positivos subyacentes a la 'Nación' (territorio, raza, idioma). Consecuentemente, se produjo un importante desarrollo de la arqueología y la etnología. Los estudios más innovadores se realizaron en el campo de la arqueología prehistórica, tema prácticamente virgen en el marco peninsular. Sin embargo, el predominio de concepciones apriorísticas, junto con la escasez de fuentes y las dificultades metodológicas y técnicas hicieron que los resultados de este primer esfuerzo positivista fueran fuertemente cuestionados por la generación posterior (Pujol, 1996).

En las obras de síntesis del período es especialmente interesante para nuestro tema la de Antoni Aulèstia i Pijoan, *Història de Catalunya* (1887). Como ya hemos comentado al final del tercer apartado, en ella el autor defendía la continuidad del espíritu de independencia catalán, desde Indíbil y Mandonio hasta la generación de la reconquista, pasando por las revueltas bagaudas contra los visigodos. Para Aulestia, fue la lucha contra los árabes la que unificó a los catalanes que, por otra parte, ya poseían unas características étnicas propias y un territorio delimitado. Los datos empíricos aportados en defensa de estas opiniones procedían en buena parte de los ya mencionados estudios de Salvador Sanpere i Miquel (Pomés, 2020).

Un decenio más tarde, la influencia de Aulestia se hacía notar en el pensamiento político de Enric Prat de la Riba. Prat consideraba el hecho nacional como el resultado de la naturaleza de las cosas, con independencia

de la conciencia y la voluntad humanas (Cortadella, 2018: 69-70). A su juicio, la historia de España había sido interpretada erróneamente. De ella se había deducido la existencia de una unidad política que cohesionaba a los diferentes pueblos peninsulares desde los tiempos más remotos. Por el contrario, Prat defendía que la invasión árabe permitió a los pueblos o nacionalidades ibéricas mantener sus inclinaciones naturales, congénitas, espontáneas, por encima de las cuales habían pasado, sin destruirlas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, suevos, vándalos, alanos, árabes, sirios y bereberes. La importancia concedida por Prat a la perdurabilidad del elemento indígena no debe hacernos pasar por alto que, para él, Empúries ejercía cierta 'capitalidad' en el mundo indígena y que los elementos impuestos por Roma, se habían amoldado al propio carácter indígena (Prat, 1906: 93-95).

Entre los arqueólogos encuadrados en el *Noucentisme*, es decir, aquellos que compartían un mismo programa de normalización de la cultura catalana y un afán por conseguir una disciplina científica, la actitud frente a la Historia Antigua siguió básicamente los mismos parámetros elaborados por el positivismo decimonónico. Con el aumento de contactos internacionales mejoraron los métodos, que ganaron en rigor y precisión, y con el paso del diletantismo a la profesionalización aseguraron su situación económica. Pero, a nivel histórico, lo que les siguió interesante por encima de todo fue la determinación del fondo étnico catalán (el megalitismo, el vaso campaniforme, los campos de urnas y la cultura ibérica, especialmente), y cómo este fondo étnico supo amoldarse a los elementos transmitidos o impuestos desde Empúries o desde Roma.

Tomemos el caso del eminente arquitecto y político Josep Puig i Cadafalch, bien conocido como estrecho colaborador de Prat de la Riba, miembro fundador del IEC, historiador de la arquitectura y director de las excavaciones de Empúries des de 1908. Para explicar los cambios en los estilos artísticos, había generado un modelo biológico-evolucionista en el que toda forma arquitectónica, como las especies biológicas, era fruto de una adaptación al medio. Por otro lado, su componente nacionalista le hacía ver en el románico el arte que reflejaba con mayor fidelidad el alma de Catalunya. De ahí su constante interés por el estudio del origen, desarrollo, periodización y evolución de la arquitectura románica en Cataluña, que culminó con su monumental obra: *L'arquitectura romànica a Catalunya* (1909-1918). Según Puig, para explicar la génesis del románico era necesario estudiar las

aportaciones de las arquitecturas anteriores, desarrolladas en el mismo lugar: la indígena, la griega y la romana. En este aspecto, la conclusión de Puig estaba clara: el románico sólo heredó de Roma la solidez estructural. Consideraba que Roma había sido una formación política de escasa coherencia interna, una creación artificial, como toda unidad que yuxtapone pueblos distintos, o como todos los ideales administrativos uniformistas. Por tanto, defendía la opinión de que con la invasión de los bárbaros el Imperio se disgregó y el estilo arquitectónico de Roma se transformó en algo más rudo y austero, sin duda, pero más auténtico porque respondía a la manera de ser de los pueblos antes dominados. En consecuencia, para Puig, en el arte romano de Catalunya no se apreciaba la personalidad de un arte nacional. Era más bien un arte postizo, colonial. Más que en los elementos aportados por Roma, Puig insistía en los límites de la romanización. En primer lugar, un límite territorial, puesto que -según él- las tierras del interior pirenaico habrían permanecido en gran parte al margen. En segundo lugar, un límite en la intensidad romanizadora, pues, comparativamente, Cataluña habría permanecido excepcionalmente rústica frente a la refinada vida romana de la Galia Narbonense y de la Bética. Precisamente, este carácter rústico se convertiría, para Puig, en una virtud, puesto que la desaparición de la administración romana habría supuesto la revitalización de las formas populares y habría facilitado la entrada de nuevas formas que obedecían a influencias lejanas. Es significativo que, en la reedición, revisada y aumentada, de su arquitectura románica, el primer volumen (el único que llegó a publicar) llevaba el título de *L'arquitectura romana a Catalunya* (1934). Esta magna obra, digna de un estudio más detallado, sigue siendo la única síntesis sobre el tema realizada hasta el momento y, junto a las excavaciones de Empúries, puede considerarse como la mayor aportación del *Noucentisme* a la arqueología clásica. Sin embargo, es evidente la intención del autor de separar la arquitectura romana del posterior arte románico, de dejar bien claro que se trata de fenómenos sin una directa línea de continuidad. Su cambio de actitud se debía sin duda al progreso de la investigación, pero también a una nueva concepción elitista de la evolución histórica. En sus últimos trabajos (*La geografia i els orígens del primer art romànic*, Barcelona: 1930; y *Lleis històriques de la vida dels estils arquitectònics*, 1935), el arte románico ya no era resultado de una evolución interna lineal, sino que nacía en puntos aislados donde se creaban las grandes obras, fruto de geniales concepciones individuales; de allí se expandía por las grandes vías de transmisión de ideas artísticas para popularizarse posteriormente en todas direcciones. Es decir, el nuevo arte

nacía de las élites para llegar finalmente al pueblo, que lo acogía y reproducía de forma mecánica (Grau, 2003; Riu, 2018). No deja de ser revelador que esta teoría de la captación de las masas populares por parte de las minorías creadoras aparezca en un momento de crisis del modelo político, social y cultural generado por el *Noucentisme*.

Entre las historias generales de Cataluña editadas durante este período encontramos planteamientos similares. Por un lado, se valora más la influencia espiritual griega que la presencia sobre el terreno del elemento helénico. Así lo expresaba claramente Antoni Rovira i Virgili en su *Història nacional de Catalunya*:

Un temps hi hagué, no gaire llunyà, en què per tot arreu es creia trobar antics establiments grecs. Nombroses ciutats ibèriques del litoral català eren convertides en colònies gregues. Fou allò una il·lusòria hel·lenització excessiva de Catalunya. De les suposicions i hipòtesis i de les afirmacions temeràries no queda avui gairebé cosa. Predomina el parer que el nombre de les factories gregues va ser reduït, tot i ser molt àmplia la seva influència cultural i comercial (Rovira, 1922a: 597-598).⁵

Estamos muy lejos de los excesos filohelénicos propios de las últimas décadas del siglo XIX de autores como Agustí Maria Gibert. Los datos aportados por la arqueología restringían enormemente la extensión física de la presencia griega, pero en contrapartida daban nuevos argumentos, basados en los estudios cerámicos, con relación a la influencia 'espiritual' griega sobre el mundo indígena en la medida en que la cerámica griega (o de inspiración griega) se encontraba ampliamente repartida por los yacimientos ibéricos del país.

Por lo que respecta a Roma, sus aportaciones se valoraban con matices. Rovira i Virgili era uno de los que más apreciaban el peso decisivo de la conquista romana para el futuro desarrollo institucional de Cataluña hasta el punto de que, a su juicio, los íberos no tenían sentimiento de patriotismo, ni sentimiento nacional. Tenían tan sólo instinto de independencia, belicosa agresividad y aversión a los extranjeros. Desde este punto de vista, la gloria más alta del

⁵ “Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que por todas partes se creían encontrar antiguos establecimientos griegos. Numerosas ciudades ibéricas del litoral catalán eran convertidas en colonias griegas. Fue esto una ilusoria helenización excesiva de Cataluña. De las suposiciones e hipótesis y de las afirmaciones temerarias no queda hoy apenas nada. Predomina el parecer que el número de las factorías griegas fue reducido, aun siendo muy amplia su influencia cultural y comercial” [trad. del autor].

pueblo romano habría sido la elaboración de las doctrinas y fórmulas jurídicas, de las que Roma habría dejado una fuerte impronta en Cataluña en la medida en que las instituciones catalanas serían hijas del derecho romano (Rovira, 1922b: 39, 144).

Más adelante, Ferran Soldevila, en su *Història de Catalunya* (1934-1935), escrita por encargo de Francesc Cambó para sintetizar los episodios más destacados de la historia del país, hacía un balance positivo de la romanización en la gestación de Cataluña, en la medida en que, con la dominación romana, aparecería, por primera vez, una entidad que –según Soldevila– enlazaría y plasmaría Cataluña, aunque todavía no con su nombre (Soldevila, 1938: 13-17). Argumentaba, además, que el culto al emperador deificado dio lugar a la reunión de las asambleas o concilios provinciales (*conventus tarraconensis*), a los que acudían los delegados de todas las comunidades rurales y urbanas. Añadía que las funciones, inicialmente religiosas, de estas asambleas se habrían ido ampliando, y que, una vez el cristianismo suplantó a la religión pagana, los concilios perdieron todo carácter religioso y se convirtieron en corporaciones de la administración pública. Es decir, Soldevila interpretaba estos concilios provinciales como si de unas prot-ocortes se tratase y, por tanto, parecía ver en el *conventus tarraconensis* un embrión institucional de la futura Cataluña. Asimismo, hacía notar que, en su interior del territoriocatalán, Roma reconoció las comarcas y fijó los *populi*, preparando así la eclosión de los condados medievales. Por tanto, junto al supuesto precedente territorial, la influencia de Roma se habría hecho sentir en los aspectos étnicos, lingüísticos, jurídicos y eclesiásticos de Cataluña (Cortadella; Masat, 2017: 61).

Lo sorprendente del caso es que, con estos planteamientos, no se hubieran prodigado más los estudios sobre la historia romana, teniendo en cuenta que entre los padres fundadores del IEC estaba el historiador del derecho Gillem M^a de Brocà, que disponía de una buena base romanística (Mas Solench, 2006). Brocà fue autor de la fundamental *Historia del derecho de Cataluña, especialmente del Civil* (1918). En esta obra ponía de evidencia la importancia del derecho romano en el momento en que se configuraron las instituciones civiles catalanas, pero advertía que no existían rastros del derecho romano en el período comprendido entre la invasión árabe y el conde Ramón Berenguer I (1035). Brocà es perfectamente conocedor de que, en la Cataluña condal, el derecho romano fue introducido en el siglo XIII, fruto de un movimiento erudito, compuesto por el alto clero, desde los centros de Montpellier y

Bolonia. En los capítulos iniciales de su obra, Borcà trata de las divisiones territoriales y la organización provincial romana, del régimen municipal, de la enfiteusis, del colonato y de la servidumbre *adscripta* (antecedente de la servidumbre de la gleba catalana). Como fuentes para el estudio de la época romana a sigue la *Historia de Roma* (vol. V) y el derecho público romano de Theodor Mommsen; el CIL. II, de E. Hübner; las obras jurídicas de M. Rodríguez de Berlanga; e incluso cita a Mikhaïl Rostóvtsev, *Studien zur Geschichte des römischen kolonates*, (1910), con lo que demuestra estar perfectamente al corriente de temática. Por las mismas fechas, los arqueólogos profesionales, surgidos de la nueva cátedra ocupada por Bosch Gimpera, se dedicaban prioritariamente al estudio de la base étnica catalana.

6. Cataluña y el espíritu clásico

Para el *Noucentisme*, la cultura clásica no era algo que había llegado históricamente a Cataluña y había permanecido un cierto tiempo hasta desaparecer. Más bien, los novecentistas creían en la existencia de un constante contacto, espiritual, entre la cultura catalana y el clasicismo que sólo se habría roto en los últimos siglos y debía recuperarse. Pero hay un punto de desencanto en el clasicismo novecentista, cuando constatan que, históricamente, el elemento indígena parece haber sido refractario al movimiento de alta cultura inspirado por el clasicismo. A nuestro parecer, así lo puso de manifiesto el arqueólogo y político Pere Bosch Gimpera. Bosch mostró en toda su obra científica un especial interés por la realidad indígena prerromana. Así se aprecia en sus principales trabajos de síntesis: *Prehistòria catalana* (1919), *Etnologia de la Península Ibèrica* (1932), y *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España* (1944). Del estudio de los pueblos prerromanos extrajo su teoría de la base indígena y las superestructuras políticas, según la cual el proceso de la Historia de España era el juego y la acción mutua de la España indígena, racial, primitiva, y de la superestructura. En concreto, para Bosch, la romanización habría operado una transformación profunda en la forma de ser de los pueblos hispánicos de tal modo que Roma habría absorbido los elementos privilegiados de la sociedad para alejarlos sensible y progresivamente de la masa del pueblo e integrarlos en la casta dominadora. Bosch precisaba que, en ocasiones, este hecho había sido fecundo para enriquecer los valores culturales indígenas. Sin embargo, en

determinados casos había engendrado conflictos trágicos y perturbaciones del proceso histórico ascensional.

El cambio de actitud de Puig i Cadafalch en relación al protagonismo del artista (la élite) en la formación de los nuevos estilos artísticos o los peligros de la desnaturalización de la base indígena, apuntados por Bosch, pudieron ser fruto del desencanto ante el fracaso del 'espíritu clásico' y del modelo social de concordia que se quería derivar del él.

Retomando las ideas de Pierre Vilar, la realidad del “hecho catalán” tiene unos fundamentos objetivos y, por tanto, analizables históricamente. No cabe duda de que una parte de su substrato cultural proviene, efectivamente, de la Antigüedad. Aquella compleja y variada realidad étnica debió transformarse profundamente tras el contacto con fenicios y griegos, y bajo el prolongado dominio romano, antes de insertarse en los tres grandes conjuntos históricos señalados al principio (medieval, moderno y contemporáneo), los que le han dado al “hecho catalán” su forma actual, que no es ni unívoca ni definitiva, y por supuesto tampoco ajena de la voluntad de sus miembros. Esta “voluntad de ser” se puede expresar de muchas maneras y puede tomar diferentes formas, entre las cuales está la misma historiografía, que es, al mismo tiempo, un instrumento de análisis de la realidad, como afirmaba P. Vilar, y el producto más peligroso que ha generado la química del intelecto, como se lamentaba P. Valéry.

Referencias bibliográficas

ABASCAL PALAZÓN, Juan Manuel. *Fidel Fita (1835-1918): su legado documental en la Real Academia de la Historia*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1998.

AQUILUÉ, Xavier; MONTURIOL, Joaquim (dirs.). *100 anys d' excavacions arqueològiques a Empúries (1908-2008)*. Girona: Museu Arqueològic de Catalunya, 2008.

BALADIA MESTRE, Xavier. *Antes de que el tiempo lo borre: Recuerdos de los años de esplendor y bohemia de la burguesía catalana*. Barcelona: Juventud, 2003: 130-136.

BALCELLS, Albert; PUJOL, Enric. *Història de l'Institut d'Estudis Catalans (vol 1, 1907-1942)*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2002.

BARRAL ALTET, Xavier. Recuperar el passat, instruir els 'antiquaris' i codificar l'arqueologia: el catàleg del Museu d'Antiguitats de Barcelona (1888). *Estudis Universitaris Catalans (Homenatge a Miquel Tarradell)*. Barcelona: Curial, 29, 1993: 63-80.

BERNARD, Gwladys. Roma aeterna : l'Antiquité romaine et l'extrême-droite française. *Cahiers d'Histoire. Revue d'histoire critique*. Paris: Association Paul Langevin, 135, 2017: 147-166

CORTADELLA MORRAL, Jordi. L'Empúries imaginada: músics, erudits i lletraferits. *Faentia*. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 31 (1-2), 2009: 253-262.

CORTADELLA MORRAL, Jordi. Pere Bosch Gimpera: el més jove, vital i escandalós de la "colla de l'Ateneu". *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 22, 2011: 201-234.

CORTADELLA MORRAL, Jordi. Història antiga i classicisme a Catalunya. dels orígens a la Segona República. *Afers: fulls de recerca i pensament*. Catarroja: Editorial Afers, 31 (85), 2016: 665-695.

CORTADELLA MORRAL, Jordi. Entre Ilerda y Emporion: etnicidad y clasicismo en las raíces del nacionalismo catalán. En: DUPLÁ, Antonio; DELL'ELICINE, Eleonora; PÉREZ Jonatan (eds.). *Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo*. Madrid: Polifemo, 2018: 55-73.

CORTADELLA, Jordi y MASAT, Albert. Augusto e historiografías periféricas: estudio de la figura de Augusto en la historiografía catalana. *Revista de historiografía*. Madrid: Universidad Carlos III, 27, 2017: 49-62.

DOMINGO, Marc y CUBELES, Albert. El projecte historiogràfic de Josep Antoni Llobet i Vall-lloera. La transició de la Il·lustració al Romanticisme en el si de l'Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona. *Butlletí de la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona*. Barcelona: Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, 53, 2011-2012: 181-214.

DUPLÁ, Antonio; CORTADELLA, Jordi. Nota sobre Antigüedad, nacionalismo(s) e historiografía: dos estudios de caso en las Historiografías

vasca y catalana. *Veleia: Revista de prehistòria, història antiga, arqueologia y filologia clàssica*. Vitoria: Universidad del País Vasco, 31, 2014: 261-276.

FARRÀN MAYORAL, Josep. Les idees. *La Revista: quaderns de publicació quinzenal*. Barcelona: La revista, 30, enero 1917: 15-18.

FERRER, Maria Antònia; DASCA, Andreu; ROVIRA, Jordi. *CL anys de la Reial Societat Arqueològica Tarraconense. Una aproximació a la seva història (1844-1994)*. Tarragona: Reial Societat Arqueològica Tarraconense, 1994.

FONTBONA DE VALLESCAR, Francesc. Context historicoartístic de la descoberta del temple romà de Vic. *Ausa*. Vic: Patronat d'Estudis Osonencs 23 (162), 2008: 455-470.

GARRIGA SANS, Carles. *La restauració clàssica d'Eugeni d'Ors*. Barcelona: Curial, 1981.

GRACIA ALONSO. Francisco. *La construcción de una identidad nacional: Arqueología, patrimonio y nacionalismo en Cataluña (1850-1939)*. Barcelona: Edicions de la Universitat de Barcelona, 2018.

GRACIA, Francesc; CORTADELLA, Jordi. La institucionalización de la arqueología en Cataluña: el Servei d'Investigacions Arqueològiques del Institut d'Estudis catalans. *Spal-Monografías*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 10, 2007: 257-321.

GRAU FERNÁNDEZ, Ramon. El positivisme historiogràfic de Puig i Cadafalch i l'arquitectura catalana. En: BALCELLS, Albert(ed.), *Puig i Cadafalch i la Catalunya contemporània*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2003: 97-107.

GRAU FERNÁNDEZ, Ramon. La historiografia del romanticisme (de Pròsper de Bofarull a Víctor Balaguer). En: BALCELLS, Albert (coord.). *Història de la historiografia catalana*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2004: 141-159.

LORÉS, Immaculada; GUARDIA, Milagros. Les recerques i les publicacions de Josep Gudiol i Cunill en el context científic i cultural català, *Quaderns del Museu Episcopal de Vic*, 7, 2014: 51-65.

MALÉ PEGUEROLES, Jordi. L'humanisme ribià com a principi educatiu i de construcció nacional. En: CABRÉ, Rosa; JUFRESA, Montserrat; MALÉ, Jordi

(coords.). *Polis i nació: política i literatura (1900-1939)*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2003: 143-163.

MARFANY GARCIA, Joan Lluís. *Aspectes del Modernisme*, Barcelona: Curial, 1980.

MAS SOLENCH, Josep Maria. L'advocat i la Història. *Revista de Dret Històric Català*. Barcelona: Societat Catalana d'Estudis Jurídics, 6, 2006: 47-61.

MIRALLES SOLÀ, Carles. "És per això, diria un feixista, que Atenes caigué sota el jou de Roma". Nicolau d'Olwer, Els clàssics i la construcció d'una ideologia nacional. En: CABRÉ, Rosa; JUFRESA, Montserrat; MALÉ, Jordi (coords.). *Polis i nació: política i literatura (1900-1939)*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2003: 87-113.

MURGADES BARCELÓ, Josep. Assaig de revisió del Noucentisme. *Els Marges: revista de llengua i literatura*. Barcelona: L'Avenç, 7, 1976: 35-53.

MURGADES BARCELÓ, Josep. Ús ideològic del concepte de "classicisme" durant el Noucentisme. En: CABRÉ, Rosa; JUFRESA, Montserrat; MALÉ, Jordi (coords.). *Polis i nació: política i literatura (1900-1939)*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 2003: 9-32.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio. *Modesto Lafuente, artífice de la historia de España*. Pamplona: Urgoiti, 2003.

POMÉS VIVES, Jordi. El savi Salvador Sanpere i Miquel (1840-1915): republicà, socialista, federal i catalanista benevolent. En: GABRIEL, Pere (coord.). *Republicans catalans del segle XIX: Espanya i nació a Catalunya*. Barcelona: Publicaciones de la Abadía de Montserrat, 2020: 51-106.

PRAT DE LA RIBA, Enric: *La nacionalitat catalana*. Barcelona: L'Anuari de la Exportació, 1906.

PREVOSTI MONCLÚS, Marta. Forma Conventus Tarraconensis I: Baetulo-Blanda. La primera carta arqueològica de la Península Ibèrica. *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 24, 2013: 67-84.

PUJOL CASADEMONT, Enric. La historiografia a les primeres dècades del segle XX. En: GABRIEL, Pere (dir.). *Història de la cultura catalana*. Vol. 7, *El Noucentisme: 1906-1918*. Barcelona: Edicions 62, 1996: 81-104.

RICHMOND, Ian A. Five town-walls in Hispania Citerior. *The Journal of Roman Studies*. Cambridge: Cambridge University Press, 21, 1931: 86-100.

RIU-BARRERA, Eduard. El discurs acadèmic de J. Puig i Cadafalch de 1935 sobre Les lleis històriques de la vida dels estils arquitectònics. Butlletí de la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi. Barcelona: *Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi*, 32, 2018: 120-136.

ROVIRA I VIRGILI, Antoni. *Història nacional de Catalunya*. Vol. 1. Barcelona: Edicions Pàtria, 1922a.

ROVIRA I VIRGILI, Antoni. *Història nacional de Catalunya*. Vol. 2. Barcelona: Edicions Pàtria, 1922b.

SABATÉ CURULL, Flocel. L'origen medieval de la identitat catalana. En: SABATÉ F. (coord.). *Anàlisi històrica de la identitat catalana*. Barcelona: IEC, 2015: 19-49.

SOLDEVILA ZUBIBURU, Ferran. *Història de Catalunya*. Vol. 1. Barcelona: Editorial Alpha, 1934 [la referencia de la 2a ed., Barcelona: Editorial Alpha, 1938].

SUNYER MOLNÉ, Magi. La Renaixença, una paradoxa en tres actes i un pròleg. *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*. Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 26, 2015: 94-114.

TERRICABRAS NOGUERAS, Josep-Maria (ed.). *El pensament d'Eugeni d'Ors*. Barcelona: Documenta, 2010.

VALÉRY, Paul. *Regards sur le monde actuel*. Paris: Librairie Stok, 1931.

VILALLONGA, Borja. Compitiendo en españolidad. El nacionalismo español de la intelectualidad catalana del Ochocientos. *Alcores, revista de historia contemporània*. León: Fundación Fermín Carnero, 12, 2011: 75-95.

VILANOU TORRANO, Conrad. Reseña a Xavier Baladi,. Antes de que el tiempo lo borre. *Educació i Història: Revista d'Història de l'Educació*. Barcelona: Institut d'Estudis catalans, 7, 2004: 425-428.

VILAR, Pierre. Introducció: el “hecho catalán”. En: NADAL, Joaquim; WOLFF, Philippe (dir.). *Historia de Catalunya*. Barcelona: Oikos-Tau, 1992: 7-36.

VV.AA. *Revelar el passat: homenatge a Joan Serra i Vilaró en el XXV aniversari de la seva mort*. Tarragona: Museu Nacional Arqueològic de Tarragona y Museu Diocesà i Comarcal de Solsona, 1994.